

mártires de la independencia y de la unidad nacional.

Agítase Cataluña, como se agita Europa, como se agita el mundo, acaso por la proximidad del gran alumbramiento que reclama el problema social, del cual son ahora todos los demás super-estructuras, entretanto el fantástico grita, el sectario aturde; pero sobre su voz, se eleva, serena y elocuente, desde el seno de los *Fochs Florals*, la incomparable voz del *primer catalán* diciendo:—«Hay una patria para todos los hombres: la tierra. Hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras: la nación. Hay una patria que forma la común lengua, las comunes leyes y los comunes usos y costumbres: la región, la región en que nacimos, nos educamos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, humanos.»

Sí; repetirlo, Williams, decidlo á los cuatro vientos, proclamadlo ante Europa: no morimos; nacemos á la luz; no buscamos la sombra del pasado, sino la aurora del porvenir. Porque ese movimiento formidable, cuyas primeras sacudidas os sobrecojen, no trae consigo la victoria de Cataluña, ni siquiera la de España, sino la segura, permanente y decisiva de la fraternidad entre los hombres: el triunfo glorioso de la humanidad.

## EXAMENES

—¡Las notas! ¡Son las notas!

Al oír ese grito, la sangre se paraliza en las venas, se siente el ahogo de la eclampsia, algo así como un aura letal, nublarse las pupilas y el ánimo desfallece. Aparece el bedel con las papeletas. La sentencia está allí; todo el mundo corre á extender su mano con invencible crispadura, y, por fin, nos abrasa la mano el contacto de aquel trozo de satinado papel. Al cabo nos decidimos á mirarle con la suprema angustia de Macbeth ante el espectro. *¡Sobresaliente!* Sí; no hay duda: allí lo dice en letras que parecen arrancadas á la inscripción de un ático romano. *¡Sobresaliente!* El tránsito del terror á la alegría loca, desenfrenada, nos ahoga de nuevo, y, por fin, estallamos en risas y sollozos.

Corremos ciegos, arrugando en las manos aquel tesoro. ¿A dónde vamos? Quisié-

ramos enseñar á todos el testimonio de nuestra victoria; pero la gente pasa á nuestro lado sin ver nuestra sonrisa de triunfo, sin dispensarnos nuestra admiración, y eso nos produce cierto despecho. Pero en otro lugar nos esperan, contando los minutos, escuchando los más pequeños ruidos, para buscar en ellos los ecos de nuestros pasos; y corremos desatentados, sin mirar á las gentes, sin oír siquiera á nuestro compañero de banco, que nos tiende su mano nerviosa para decirnos con acento jovial:— ¡Choca; lo has fet molt bé!

Y seguimos corriendo, atropellando á todos. Cubre nuestra frente el sudor, y seguimos como si nadie nos contemplara. ¡Qué hermoso es todo, qué grande la ciudad, qué verdes las hojas de los árboles, el sol, qué riente! Llegamos: en el balcón hay alguien que nos espera, y, con el frío de la emoción que contrae nuestro rostro y empaña nuestros ojos con lágrimas, gritamos agitando la papeleta:— ¡Madre, aquí está!

No; no hay instante en la vida como ese instante, ni alegría como esa alegría. Ni el triunfo conseguido después en el foro ó el parlamento, ni el sí sonoro y tardo de la mujer amada, ni la fortuna inesperada y súbita, nos harán tan felices. Somos en aquella hora árbitros de nuestros propios

destinos; el trabajo nos ha dignificado. Parece como que devolvemos á nuestra prometida la dicha que hemos devorado en sus ojos, á nuestros padres, parte de la vida que les debemos, á Dios algo de ese poder creador, sin el cual los mundos tornaríanse polvo y el sol apagaría su lumbre.

Pero ¡ay! esto no siempre ocurre. Otras veces el presentimiento nos dice con sus sobresaltos que aquel papel encierra nuestra condenación. ¡*Suspenseo!* Lo leemos de nuevo; no creemos á los sentidos; sin duda hay algún error infame en aquella dura sentencia. Permanecemos mudos y cabibajos viendo pasar á nuestro lado la alegre turba y, al fin, quedamos solos en la ancha galería. ¡Qué frío es aquello y qué solitario! Nos sentamos desfallecidos en un banco y comenzamos á recordar: no hay duda en que estuvimos torpes y balbucientes; luego, aquellas preguntas tan secas y nebulosas, aquellos profesores tan rígidos... y, ¿por que no confesarlo? nuestra incuria, han contribuído al terrible fracaso. Sentimos algo amargo que sube á nuestras fauces. ¿Qué hacemos allí? Hay que volver al teatro de nuestras holganzas, á acibarar la existencia de aquellos pobres viejos que mirarán sus sacrificios estériles. ¡Ay! ¡Eso sí que es penoso! Entonces lloramos; somos infames,

desnaturalizados, indignos. Nos sentimos pequeños ante tanta grandeza. Y salimos con marcha pausada, indecisa, á dar vueltas por la ciudad, á mirar á todos aquellos transeuntes impasibles, por los cuales nos cambiaríamos. Envidiamos al mozo de carga, abrumado bajo el peso de un enorme fardo, al desarrapado aprendiz que devora con ansia su almuerzo frugal. Todos ellos han aprovechado su tiempo, todos son merecedores del pan que consumen. El sol va caminando, y su luz nos parece más pálida y amarillenta. Cuando las sombras comienzan á extenderse, entramos silenciosos y mustios en nuestro albergue. No se cruza una frase, no se modula una sílaba. El padre se ha retirado con las cejas fruncidas. Pero la madre tiende sobre la mesa el blanco mantelillo, llorosa, pero firme, y colocando ante nuestra faz cubierta de rubor un caliente manjar, nos dice compasiva:—Come, hijo mío, come.

Luego pasan los años: el título, el codiciado título es alcanzado y orna la sala principal, encuadrado en su dorado marco de madera tallada. Se es abogado, ó médico, ó profesor de Ciencias ó Letras. ¡Ay, entonces es cuando llega casi siempre el desengaño cruel á echar por tierra todos los alcázares de la fantasía! De cien veces,

noventa, el abogado no tiene clientes, ni el médico enfermos, ni el profesor discípulos. Los padres han muerto; se ha constituido una nueva familia y esa familia sufre las consecuencias de nuestro irremediable error. Todas las puertas están cerradas; el triunfo no ha sido para los mejores, sino para los más adaptados á un medio perturbador y nocivo. Algunos sacrifican para llegar lo que hay en ellos de más noble; pero si doloroso es soportar una cruz, es muy triste arrastrar una toga. ¡Qué ridículos nos parecen entonces aquellos señores tan enfatuados y tiesos que, desde lo alto de su trípode, procuraban incrustar en nuestros juveniles cerebros la ciencia oficial! Ahora resulta que ni aquello era ciencia, ni su práctica era posible jamás en la vida. Todos nuestros amigos que no frecuentaron las aulas, viven ancha y cómodamente. El uno es comandante, el otro empleado con pingüe sueldo. Esotro es comerciante y está haciendo una bonita fortuna en su famosa tienda del *carrer* de la Boquería ó del *Pi*. Y no falta jamás un amigo industrial que, con lógica superior á la nuestra, sin *sorites* ni soligismos en *Barbara* y *Barralipon*, nos demuestre por A más B que sobran abogados y faltan industriales, que la base de la cultura no está en los idiomas

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

muertos, ni en el relato de las hazañas de reyes imaginarios, ni en la gimnasia estéril de los sofismas, ni en el casuismo de los leguleyos, ni en las fórmulas magistrales de los médicos molierescos. Entonces os invade profunda tristeza. ¡Cómo envidiáis aquellas noches pasadas en vela, dedicadas á la sobrecarga intelectual, aquellos sobresaltos del examen, prueba irregular y mezquina de una ciencia más mezquina aún!

¡Ah, sí! Sépanlo los padres de esos jóvenes entusiastas que frecuentan los *duros pero honrados bancos*. No diremos que las carreras universitarias deben perder su importancia. Pero el hecho es que la han perdido, y con los hechos no se discute. Es una enseñanza que cuesta muchas lágrimas y muchos arrepentimientos tardíos. El título universitario, como el título de propiedad, es sólo una ficción; pero ésta aún durará mucho tiempo. Aquélla, la de los sabios con diploma, la de quienes pueden hacer de las leyes lo blanco negro, y de la salud lo claro turbio, la de quienes pueden dogmatizar á su antojo contra la ley natural que se cumple, la de los pordioseros de muceta, que se quejan porque nada útil ni provechoso saben hacer, esa... desaparece. Ciego estará quien no lo vea; y de ello le pedirá la posteridad estrecha cuenta.

Entretanto, saludemos á la juventud estudiosa, oficial ó no. Para los unos es un recuerdo, para los demás una noble esperanza. Ella puede, como Pígmalión, convertir los sillares del claustro en seres vivos. Ella conseguirá, de seguro, hacer penetrar en las lóbregas aulas del pasado, el aura vivificadora del porvenir.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## SEAMOS FUERTES

---

Todas las mañanas hago mis abluciones en agua fría (lo digo por si alguien me recetara duchas), enjugo mi cabeza con la toalla y después me pregunto invariablemente: ¿Nos hace falta una marina de guerra?

Y todas las mañanas me devano la masa cerebral, dándole vueltas al tema consabido. Como falta, sí debe de hacernos mucha falta. Y si no, á ver: ¿No somos una península?, ó, por lo menos, ¿no hemos convenido en que España, descontando Portugal y Gibraltar, es una península? Pues todas las penínsulas necesitan marina de guerra, ora para conquistar otras penínsulas, ora para solaz y esparcimiento de los peninsulares. Además tenemos muchos marinos; es así que los marinos no pueden navegar sin barcos, luego nosotros necesitamos bastantes barcos.

Es lo que se llama un silogismo en *Barbara*, bastante bien hecho, sin alabarme. Y como ese se me ocurren muchos, que no desdeñaría el padre Petavio. Otra razón es que podemos, el día menos pensado, encontrarnos en guerra con Inglaterra (la guerra es en España el azote nuestro de cada día), y ¿qué papel haríamos con menos de cincuenta acorazados y un par de pataches? Nada; quedamos en que nos hace, pero mucha falta, tener marina, y cuanto más numerosa y formidable, mejor.

¡Artillar las costas! Tal es la canción de todos los malos patriotas. Eso estaría muy bien caso de una guerra defensiva; pero ¿y si la guerra fuese ofensiva? Pues ¡qué!, ¿es que se nos quiere privar de meternos con quien queramos? Claro es que si los ingleses venían á España, no habíamos de ser menos que los boers, que tampoco tienen marina de guerra. Pero, ¿y si á nosotros nos diera la gana de ir á Londres, y quien dice á Londres dice á Nueva York? ¿Ibamos á ir por tierra? Pues entonces no hay más remedio que comprar barcos, con mucha artillería y buenos depósitos de carbón y habitación lujosa para el comandante y magníficas bombas para casos de incendio.

Convenidos en que necesitamos marina de guerra, sólo falta saber cómo la tendre-

mos. La contestación es sencilla, como la codorniz de la fábula, y, además, por la gravedad del asunto, cae de su peso: con dinero. En tanto que otra cosa no disponga la Providencia sabia, el único medio de proporcionarse las cosas útiles al propio antojo es comprarlas. En eso de adquirirse aflojando la mosca, pasa lo mismo á las marinas de guerra que á las de Alma Tadema ó Monleón: hay que rascarse el bolsillo. Sin dinero no hacemos nada; ó, como dicen los franceses: *Point d'argent, point de Suisse*. Y como las marinas de guerra andan algo escasejas, no hay para qué decir que necesitamos mucho dinero; porque no íbamos á tener una escuadra compuesta de barcos como el desdichado *Reina Regente*, como el *Osado* y el *Atrevido*. Del *Mogador* y el *Pelayo* abajo, nada. Por supuesto, componiéndoles las calderas.

Otra cosa que nos hace falta es ejército. A nadie se le puede ocurrir que, siendo poderosos en la mar, debemos ser débiles en tierra firme: tropas de desembarco, muchas tropas de desembarco, con armas de último sistema, municiones, víveres y quinina para combatir á las pícaras fiebres. Eso también cuesta mucho dinero. Sin contar con que habría que hacer cuarteles y hospitales muy grandes, y habría que pa-

gar escuadras de gastadores y músicas, para que tocan algo que entusiasmara á la gente, como la jota de *La Dolores* ó la marcha de *Cádiz*. En cambio, podríamos hacer frente á cualquiera nación enemiga en su propia casa y no nos quedaríamos, como ahora, sin poder enviar á China una mala docena de batallones para vengar las ofensas de los tños aquellos.

¿Para qué trabajamos hasta reventarnos los españoles y para qué andan todas las mujeres de cabeza estirando las miserables pesetejas del sueldo ó el jornal, sino para que España sea grande, poderosa y respetada? ¿Para qué suda tinta el labrador y pez el industrial y el obrero plomo derretido, sino para que la nación quede como es menester y nadie se nos venga con pullas? ¿Estaría bueno que, después de sufrir tantas fatigas, saliéramos con la pitada de que no teníamos ejército, ni marina, ni barcos, ni cañones, y con que todo el mundo se reía bonitamente de nosotros! Eso no. A gastar lo que haga falta de una vez: el último hombre y la última peseta.

¿Y fortificaciones? ¿Hasta cuándo va á durar la vergüenza de que estemos aquí sin una mala trocha? En este país se mete cualquiera en Cartagena, ó en Cádiz, ó en Pamplona, sin más que tomar billete en la esta-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ción. Es verdad que hemos llevado desengaños tremendos y que se nos han roto en las manos muchas cosas por correr aventuras; pero cuantos más pedazos se hace un espejo, más veces se ve retratada la propia grandeza. Si no nos fortificamos, estaremos siempre á merced del primer ocupante. Hay que hacerse fuertes, sobre todo fuertes. En eso las naciones se parecen á la cerveza, que si no son fuertes, maldito si valen lo que ha costado el fermentarlas.

A mí que no me vengan con esas tonterías de Spencer y menos de Sergi, ni con transformaciones del Estado guerrero en industrial. Estoy harto de oír eso de que nos pierde el latinismo, y que el ejército sufre una *involución*, y que el militarismo, con su afán de resucitar pretendidas grandezas pasadas, es causa de la decadencia de las naciones latinas. Desde que el mundo es mundo, la razón se ha ventilado siempre á linternazos. Contra la debilidad, leña; contra la anemia, ¡pum! ¿Puedes pegar? Eres el amo y no hay quien te tosa. ¿Te pegan? Pues te has fastidiado de medio á medio. ¿Que los que pegan son los maestros de escuela? Tonterías. El sable es el que corta; el cañón es el que dispara. Las disciplinas son buenas para el asilo ó para la bóveda de San Ginés.

Eso ha pasado siempre y pasará. Abel era muy decente y Caín era muy malo. Bueno: pues vino Caín, agarró una quijada de cacique y reventó á Abel. Los cristianos éramos todos unos caballeros y los moros unos indecentes. Conformes: mas, de pronto, pasaron el Estrecho y nos pusieron verdes de leña; pero leña que nos duró siete siglos. ¡No; si no andaos con sociologías cuando vienen pegando! El mejor argumento es la estaca; sino que, como ahora la estaca *no se lleva*, donde dice estaca hay que leer fusiles de alcance y balas *Dumdum*.

A eso ya sabemos de coro lo que se contesta: que no tenemos por qué correr aventuras, que, dentro de casa, podremos defendernos mejor si tenemos dinero y la gente está satisfecha; que si nos hemos gastado cuanto teníamos en armamentos inservibles y maniobras fantásticas, después de aburrir y desesperar á los ciudadanos pacíficos hasta el punto de pedir socorro al primero que se presente; que las naciones más poderosas no son hoy las que sostienen grandes ejércitos, sino grandes industrias y centros de cultura; y, por último, que hoy nadie piensa en venir á conquistarnos, lo cual, después de todo, tendría sus lances. Todos esos son argumentos de pacotilla. A los armamentos me atengo. ¿Que cuestan

dinero? Algún sacrificio hay que hacer.

Además, hay que seguir en todo la opinión de la mayoría, y la mayoría no quiere maestros, sino soldados. Tres millones de hombres, y me quedo corto, han vestido en España el uniforme, y son muchos menos los que saben leer. Yo no he visto en mi vida que, al pasar por la calle los maestros de escuela, se asome la gente á los balcones á admirar su porte marcial, ni mucho menos á arrojarles coronas. Gracias si no les arrojan algo peor. En cambio, cuando pasa la tropa, todo el mundo sale entusiasmado, y hasta los chiquillos van delante de la charanga llevando el compás, y se descubren los hombres, y las mujeres ponen cara de Pascua. Una máquina de arar será muy bonita y todo lo que se quiera; mas nadie se para á mirarla, ni á nadie le da frío ni calor que tenga fuerza de siete caballos y medio. Pero que pase una batería: allí verán ustedes á todo el mundo conmovido. Aquello es la verdad. Lo demás son cosas de comerciantes, maestrillos y gente menuda. ¡Una batería! A cualquiera se le encoge el corazón, aunque luego, por deficiencias de fabricación, no dispere.

Se anuncia una fiesta escolar: allí todo se vuelve discursos insípidos y coritos de niños, como en las zarzuelas del género chi-

co, y pedacitos de papel con orla que se entrega á los más aplicados, y pare usted de contar; muchas mamás que lagrimotean y muchos mozalbetes que les besan la mano, como en las aleluyas del hombre bueno. Pero hay una revista: allí es el agolparse la gente, y el fulgir las armas al sol y el alegrarse el viento con el sonido de los clarines. Pasa la infantería, y se nos antoja movida por un resorte; va detrás la artillería con retemblo de trueno, y, por fin, la caballería, que parece que nos va á atropellar. Todo eso es muy hermoso, y si no lo es, por lo menos todo el mundo lo dice.

Así es que no conviene estar en minoría. Nos hace falta mucha marina, mucho ejército y mucha música. ¿Que eso pide dinero? Pues á gastarlo. Lo malo es que á los contribuyentes se les concluye.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## FEMINISMO

«Los problemas que se refieren á la mujer—leo en una revista extranjera—serán siempre de actualidad, y, para estudiarlos, nada puede aportar datos tan provechosos y ciertos como el estudio de la realidad viva.»

—A ver, que venga Juana.

Juana es una antigua sirvienta, casada con el hortelano de la finca en que tengo accidentalmente mi hospedaje, y madre de cuatro robustos zagalones.

—¿Qué manda el señor?

—Sécate las manos y siéntate.

—¿Aquí, señor?

—Aquí. Y ahora, contesta: ¿qué opinas tú en eso del feminismo?

Juana ha quedado como debió quedar el héroe mitológico al mirar cerradas las puertas de Daza. Pero la mujer es un Hércules

que, cuando buenamente no se abren, sabe arrancar todas las puertas.

—Hábleme en castellano, señor.

Es verdad: eso de *feminismo* no es castellano. Confesemos que Juana tiene penetración.

—Muy bien; contéstame á otra cosa: ¿Tú crees que la mujer es igual al hombre?

—No, señor. ¡Qué ocurrencia!

¡Con qué firmeza, con qué seguridad lo ha dicho! Vergüenza me da haber preguntado semejante tontería. He quedado mirando á aquella mujer alta, algo avejentada, pero con cierta severidad de matrona, reflejando serenidad y energía en sus anchurosos y verdes ojos de ofidio.

—Vamos á ver si nos entendemos. Ante todo, ¿te parece que la mujer puede trabajar como el hombre?

—¡Qué cosas me pregunta el señor! En casa todos hemos trabajado mucho y desde muy pequeños. A los ocho años salí de la escuela para ir á trabajar al campo, cuando apenas sabía leer, escribir y contar.

—¿Erais muchos hermanos?

—Siete: seis varones y yo.

—¿Y todos aprendísteis á leer y escribir.

—Yo sola.

—¿Irían los demás menos tiempo á la escuela?

—No, señor, el mismo; pero los chicos se distraen con sus juegos y por eso parecen más *tardos*. Eso lo saben todos los padres que tienen chicos y chicas.

¡Y no lo sabía yo! ¿En qué diablos habré estado pensando?

—Perfectamente, Juana. Eres una mujer discreta.

—Gracias. Soy como las demás.

Cada palabra era una enseñanza. Como las demás, sí; discreta como todas. La indiscreción es palabra que no se encuentra en el vocabulario de la mujer.

—Y ¿en qué trabajabas?

—En todo: sallaba, escardaba, removía la tierra, segaba...

—¿Segabas también?

—¿Cómo no? Y, á más de hacer lo que todos, me levantaba antes que nadie á preparar la comida y me acostaba la última, para coser y planchar. Además llevaba la cuenta de los gañanes y cuidaba el ganado.

—Eras una esclava.

—Peor vida llevan otras pobres del pueblo, que pasan la vida en el fondo de una mina, cargando como acémilas cestos de mineral.

Cerré los ojos y me representé aquel suplicio dantesco; diez mil mujeres le sufren sin quejarse en España.

—¿Y luego viniste á servir?—pregunté.

—Vine, sí, señor; y he tenido muy buenas amas y muy listas.

—¿Más que sus maridos?

—Más que sus maridos.

—¿A ver, á ver? ¿Qué eran ellos?

—Unos, empleados, y emborraban no sé qué papeles; otros visitaban enfermos, que curaban ó no; otros defendían pleitos que se ganaban ó se perdían. Pero siempre se explicaban mejor las señoras. Ya ve usted. ¡Y sin estudios! A lo mejor, oía yo á los conocidos: «Tu amo es un majadero.» ¿Ha oído el señor decir eso de las mujeres nunca?

—La verdad es que no. He oído de las mujeres que son tontas ó necias; pero refiriéndose siempre á sus defectos morales y jamás á su incapacidad.

—Una prueba: ningún hombre se casa creyendo que su novia no es lista. De modo que, ó no hay mujeres tontas, ó hay, por lo menos, imbéciles otros tantos hombres, que son los que las han escogido.

—No se explicaría mejor sor Juana Inés de la Cruz. Pero ¿tú no has oído decir que el cerebro de la mujer es más pequeño que el del hombre?

—No, señor.

—Pues es mucho más chico.

Aquí creí haber confundido á Juana. Pero ¡quía! Filósofos, fisiólogos, moralistas, hablad con una mujer sin prevenciones, presentadles datos para juzgar y veréis lo que tienen dentro esos cerebros chiquirritines.

—Sí—repetí con aire de triunfo y levantándome del asiento.—Las mujeres tienen mucho más pequeño el cerebro.

Juana contestó con la mayor naturalidad:

—¡Claro! ¡Si no lo ejercitan! También el señor tiene el brazo más delgado que mi marido, siendo, con mucho, más fuerte que él.

Aquella aldeana no confundía el medio con la causa, el órgano con la potencialidad de la función; sabía que es la energía el alma máter de la Naturaleza; que la materia organizada estable no produce la actividad, sino que ésta determina la concreción y la transforma. Hubiera podido derrotar á Büchner con su flamante idealismo dinámico.

—Sin estudiar, ¿cómo va á aprender? Sin acostumbrar la cabeza, ¿cómo va á servirse de ella como los hombres?

Yo estaba desconcertado. Había descubierto el flanco, y ella revolvía el puñal en la herida, como Ulises el palo en el ojo del cíclope.

—Y aun así—continuó—sobresalen; porque la generalidad de las cosas que los hombres estudian son disparates y mentiras. Crea usted, señor, que la mayor parte de las cosas que los hombres hacen, las harían las mujeres mejor con la cabeza despejada de patochadas. Por todas partes se ven atrocidades. ¿Es que las hacen todas las mujeres?

He querido batirme en retirada y arrojar la flecha del soldado partho.

—La mujer no puede estudiar, he dicho, porque perdería el pudor.

—¿El pudor? Entonces, ¿qué saber es ese que hace á la gente mala?

—Es que la ciencia...

—La ciencia, si es verdadera, no hace malo á nadie. La ciencia hace mejor.

—Oye, oye, he dicho sorprendido: ¿tú de qué sabes eso?

—¿Yo? De cierta idea...

—¡De cierta idea! Lo inconsciente, acaso; pero lo inconsciente sublime. *De cierta idea* confesaba que hacía sus divinas imágenes Rafael.

He despedido á Juana, y ha salido á reanudar sus trabajos caseros, á cuidar de los niños, á echar cuentas para dar buen empleo al jornal, á cuidar de las flores, sus hermanas...

Me asomé á la ventana para verla salir. Traspuso el umbral serena y un tanto preocupada. Si no una inteligencia, era un maravilloso instinto servido por órganos.

Y junto á la puerta se encontró con Colás. Salía el apreciable hortelano de dormir, sin duda, porque se desperezaba estirando los brazos, como si quisiera alcanzar un planeta. Abrió una boca de león de Numidia, y luego balbuceó con cólera:

—¡Arre allá! Siempre de palique. ¡Me páice que te voy á tentar las costillas!

Y después, mientras la mujer, cabizbaja, se encaminaba á la humilde vivienda, añadió el marido con aire de superioridad:

—¡Si es lo *mesmo* que digo! ¡Si *tóas seís* unas brutas!

## UN BOSQUE MENOS

---

Llegaron los salteadores: ¿quiénes sino malhechores pudieran osarlo? Llegaron cautelosamente, abriéndose paso por entre las bravías y selváticas soledades de la sierra de Cuenca, y á no haber error en los oficiales informes, en solos cuatro días talaron y sustrajeron *setenta y siete mil árboles robustos*. Las decantadas hazañas de Hércules, los trabajos ciclópeos de la Mitología oriental, quedan nublados por ese alarde de presteza y de poderío. Es un bosque entero el que emigra, el que huye, como en las baladas germánicas, precipitando sus fantásticas sombras á la luz de la luna. Hay que figurarse el ejército entero de Oberon manejando sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe; ha de fingir la fantasía los añosos troncos desplomándose á centenares sobre los lechos de las vacantes, mullidos de margaritas silvestres y azules cle-

mátidas; hay que representarse á los faunos huyendo á través de la selva, enredando en los tupidos ramajes sus látigos de mirtos, y percibir los ruidos del incesante y sordo golpeteo y de los troncos seculares que se derrumban, asustando á las aves nocturnas y á las espantadas alimañas, sorprendidas en el reposo de una noche augusta y nupcial.

Y, después, hay que imaginar más. Hay que reconstruir la fuga de los musculosos titanes, en carrera febril, soportando en sus hombros la prodigiosa carga; reproducir su jadeante resoplido, el ruido de sus pasos veloces sobre el césped, quebrantando las minúsculas ramas secas y hundiéndose entre la amarillenta hojarasca; hay que pedir á la retina, que nos copie el ejército de colosales sombras, precipitándose en huída fantasmagórica; y todo ello acompañado de raudos aleteos y crujientes chasquidos de ramas truncadas en sus yemas, y de insectos que zumban y reptiles que se deslizan, y de hojas arrolladas por el torbellino del viento, hasta dejar las extensas planicies yermas, sobre las cuales, algunos solitarios supervivientes de aquella profanada flora, proyectan á la luz de los astros su negra y áspera silueta.

No: no han sido los hombres quienes

han realizado ese portento de destrucción. Han sido genios y semidioses; han sido los ejércitos de Titania, las huestes aquilónicas, las potentes legiones que se cernieron sobre el vendaval. Cuatro días son pocos para hacer desaparecer bosques enteros sin que nadie, ni ingenieros, ni guardas, ni paisanos, hayan podido ver arrancar siquiera un miserable abeto, ni trasladar un naciente arbusto. No: los hombres no han sido. Ellos sentirán pesar verdadero al mirar cercenados los troncos, arrancadas de cuajo las raíces, despobladas las apacibles florestas, convertidas en yermos vertientes y cañadas. Ellos, de seguro, no han sido, como no fueron hombres los que despedazaron el Coloseo, ni arrancaron los frisos del Partenón, ni mutilaron á la Venus clásica. Si no fueron titanes, fueron fieras.

Hay mucho doloroso en esa destrucción vandálica. Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino á Cibeles y á Júpiter la encina. Todos sentimos algo grande é inexplicable al hallarnos perdidos en la imponente soledad del bosque; parece que, sobre nuestras cabezas, eleva la Naturaleza fecunda sus brazos extendidos al cielo tachonado de centelleos; todos, en fin, lleva-

BIBLIOTECA MUSEO DE HISTORIA NATURAL  
 UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHILE  
 SANTIAGO DE CHILE

mos en la memoria la silueta de un árbol grabada con indelebles líneas de fuego. Árboles fueron los primeros templos y lo serán los últimos. Porque en ninguna parte como en el bosque nos sentimos á solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías sentimos palpar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

No; no ha sido el hombre: ha sido Oberon. El hombre se consterna ante el espectáculo de su patria asolada, estéril, barrida por los huracanes y las tormentas, arrasada por los torrentes, arrojando á sus costas abruptas el inagotable tesoro de sus manantiales polvorientos. Se estremece al mirar las calvas planicies, en donde se estanca el aire envenenado, sin que pueda purificarse en el pulmón anchuroso de la selva; se aflige ante las lluvias torrenciales y los cierzos sin valladar, y se conmueve ante la miseria de las aldeas con sus negros hogares sin lumbre y sus reses famélicas sin nutritivo y refrigerante pasto. El hombre no se complace en malbaratar la herencia de las generaciones que fueron para legar como único peculio la miseria y el infortunio á las generaciones que han de venir.

Y sí, por acaso han sido los hombres, esos

hombres no son campesinos. Porque el campesino se ha mecido á la sombra del roble en las temblorosas rodillas del abuelo, que echó su semilla y podó sus ramas, y ha buscado en los días de disanto la vecindad del nogal ó la encina para solazarse junto á la fuenteica, despertando en su corazón los secretos impulsos de la pasión primera; y ha grabado en alguna corteza rugosa el nombre de una mujer ó la fecha de un día; y ha soñado con envejecer bajo las ramas del mismo castaño que fué testigo de sus primeros lloros, y lo será de sus últimos balbuceos.

En las asoladas anfractuosidades de la sierra conquense, volverán á surgir nuevos tallos; crecerán vigorosos troncos, sonará el estallido de las yemas y los ramajes; cruzándose otra vez, formarán las secretas umbrías y las bóvedas anchurosas de matizado verdor. El bosque habrá brotado de sus propias cenizas; Dodona verá reconstruidos sus alcázares tapizados de musgo, y por entre las hiedras, se regocijarán nuevamente silenos y driadas.

El rumor de la vida mezclará una vez más sus conciertos al murmullo del agua al saltar en los pedregosos cauces. Por entre los ramajes tenderá sus regueros de luz el astro nocturno. Pero los titanes no volve-